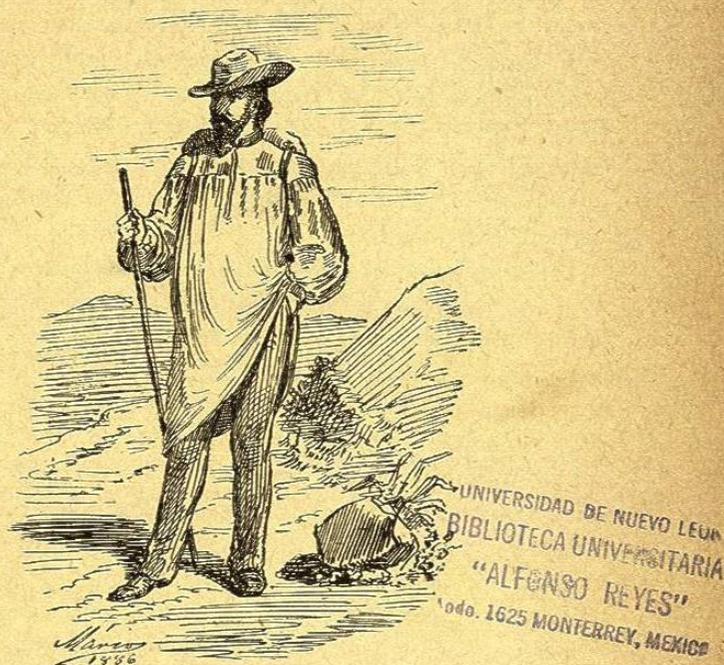


I

Que habeis preguntado, dijo M. Sylvestre dirigiéndose á los señores de ***, qué es lo que he hecho en Suiza, de los cinco años de mi vida de que no os he hablado jamás, y que deben, segun vuestra opinion, encerrar algun misterio, alguna obra importante ó alguna pasion grave. No os habeis equivocado. Ha sido para mí el tiempo de emociones más dolorosas y de el más rudo trabajo intelectual. Ha sido la crisis final y decisiva de la vida de mi personalidad, la más ardiente y la más dura de las experiencias; ha sido, en fin, mi último amor, que he sepultado en el mutismo que vengo observando con relacion á estos cinco años.

Cuando salí de Francia, á pié, con sesenta y tres francos en el bolsillo por todo capital, no contaba todavía los cincuenta años, y mi semblante no revelaba más allá de cuarenta, á pesar de los graves disgustos que ya sabeis desde hace mucho tiempo, y de los cuales no he de volver á hablar. Una vida sencilla, un fondo de resignacion filosófica, el recogimiento y las ocupaciones del campo me habian conservado la salud y las fuerzas.

En mi frente no se veía aun una sola arruga; mi morena tez ostentaba todavía una solidez uniforme, y mis ojos aparecian



tan puros como siguen siéndolo. He tenido siempre muy pronunciada la nariz para ser un mozo cabal; pero tenia la fisonomía simpática, la barba y los cabellos negros, el carácter abierto y la sonrisa franca, cuando conseguia olvidar mis penas. Además, yo he sido siempre fuerte: ni grueso ni flaco, ni gracioso ni bello, pero muy firme sobre mis piernas como un soldado viejo de infantería, que conserva la regularidad y fuerza del paso y la tiesura del cuerpo.

En fin, en semejante estado y sin andar en busca de aventuras, ni pensar siquiera en ello, no dejaba de ver claramente en las miradas de las mujeres que se reflejaba todavía en ella, un hombre, que durante algunos años aun no debía abrigar el temor de que se le venerase exclusivamente como padre.

A ello debía pues reducirse mi humilde ambición.

Habia yo amado á mi mujer á pesar de sus defectos, porque si me habia tenido siempre disgustado, me habia por otra parte sido fiel. No tenia, pues, en mi concepto, el derecho, ni jamás tuve la menor tentación, de faltar á los deberes impuestos por la fidelidad.

Viudo hacia muchos años, permanecía austero; se lo debía á mi hija. Nada sin embargo bastó á llenar mi objeto; resultaron inútiles mi ejemplo y mis consejos. Empeñólas ella por la mala senda, y cuando me obligó á desterrarme, huyendo la responsabilidad de sus ligerezas, hacia ya veinte años largos que no habia yo tenido un día de dicha ni de libertad.

Pero yo no aspiraba á ser feliz, ni me parecia permitido pensar en ello. Afligido, humillado, y además la pérdida voluntaria de por vida de todos mis recursos, lo cual me obligaba á pensar en ganarme lo indispensable, que no es tan fácil como parece, para el que sale de la opulencia, resuelto como estaba á no buscar ayuda en ningun amigo, ¿qué digo? resuelto á desaparecer de la escena del mundo, y á vivir desconocido como un hombre que habiendo cometido un crimen, se viese obligado á esconder su pasado.

Mi primera intención fué la de irme á Italia para ejercer una profesion cualquiera, pero me detuve en la frontera de Suiza. No poseia aun la ciencia económica, y estaba ya á lo último de mis sesenta y tres francos. Traia un poco de ropa blanca en mi mochila; pero como he sido siempre amante de la propiedad, no supe decidirme á venderla.

Pasé la noche en la posada del Simplon, donde apenas

dormí; me preocupaba mucho del mañana. Tenia lo justamente necesario á pagar mi hospedaje; pero ¿y despues?

No me preocupaba sin embargo por nada mas. Las cosas materiales de la vida me han sido siempre favorables, en el sentido de que mis necesidades no han ido nunca más allá de mis recursos. No he, por lo tanto, sufrido desastres irreparables más que en la esfera de los sentimientos. Hubiera de buena gana cambiado de destino, pero esto ya no dependia de mí. Tampoco tenia mi insomnio nada de desesperado. Hacia mil proyectos, buscaba medios con que vivir, estaba encantado de la belleza del país que recorría, y me hubiera costado muy poco no seguir adelante y buscar una ocupación en los alrededores.

Derramaba la luna límpida claridad. Desde mi cama sin colgaduras, veia yo el cielo puro y frio. Pensé entonces en lo que habia amado, lloré y recé.—¿A quién? al espíritu desconocido del hombre que habla al corazón y llena el pensamiento de sensaciones de lo bello y lo bueno. Nosotros llamamos Dios á este espíritu inaccesible á nuestro entendimiento que nos lleva en sí y nos conmueve sin revelarse. Nada de sí mismo nos dice, ó si nos dice algo, está muy por encima de nuestra inteligencia; pero el niño que no entiende todavía las palabras de su madre y que duerme sobre su pecho, conoce aquel dulcísimo calor, y saca de él los elementos de una existencia completa donde conoce lo que ignora.

Vuelta la calma, me quedé dormido. Al despertar me pareció oír en los bajos una voz fuerte de buen augurio, cuyo timbre revelaba la franqueza y la cordialidad. Vestíme de prisa, y bajé inmediatamente en la certeza de que iba á encontrar un amigo.

II

EN la sala-comedor, habia en efecto un buen montañés, de mediana edad, entre campesino y burgués, conversando amigablemente con el hostelero, el cual me ofreció plato en su mesa. Supe en seguida que le llevaban allí sus negocios; que acababa de contratar una corta de árboles á mitad de la pendiente de la montaña; que habia alistado una docena de braceros suizos, que no le bastaban aun, y que se proponia pasar á la parte italiana del Simplon en busca de otros. Me le ofrecí; habia yo tenido que vigilar bastantes trabajos de aquel género, para saber cómo se maneja un hacha y de qué manera se derriba y destroza un árbol. Mi traje y mi aire solano en nada desmentian la condicion por la cual me ofrecia; Juan Morgeron aceptó mi ofrecimiento y me puso en lista.

Mi aspecto ha tenido siempre la ventaja de inspirar confianza, así es que no me dirigió la menor pregunta que pudiera comprometerme, ni tuve siquiera necesidad de decirle que carecia de lo indispensable para comprar las herramientas del oficio. Me hizo para ello un anticipo de veinte francos y me condujo al borde de un precipicio, mostrándome á lo lejos

bajo de nuestros piés, el bosque donde habia de encontrar acampados á mis compañeros.

Pasé allí seis semanas trabajando mucho y bien, viviendo en la mejor inteligencia con todos mis camaradas, cualquiera que fuese su carácter. Era amado de unos, y adquirí cierta influencia sobre los otros. Estaba bien, y satisfecho de mí mismo. El país era verdaderamente admirable. No acertaba á darme cuenta de ser tan dichoso despues de todas mis desgracias, y sin tener detrás de mí otra cosa que recuerdos amargos, y delante, una vida separada del pasado por grandes abismos. Encontraba un verdadero goce, pudiendo disfrutar al fin de un presente soportable.

Juan Morgeron, que venia con frecuencia á vigilar los trabajos, me tomó desde luego gran cariño; y un dia en que sacaba con él y por él la cuenta de sus gastos y el cálculo de sus beneficios:

—Vos no ocupais aquí vuestro lugar, me dijo. Vos habeis recibido diez veces más educacion que yo, y veinte veces más de la que necesita un leñador. Yo no sé qué es lo que habeis sido, ni teneis ninguna necesidad de decirlo: tal vez pesa sobre vuestra conciencia alguna cosa.....

—Señor, le interrumpí diciendo: miradme bien: aquí donde me veis he tenido ochenta mil libras de renta, y nada tengo; y lo que es mucho más grave todavía, es que he perdido ¡desgraciadamente! todo cuanto amé. No se ha pasado todavía bastante tiempo para que pueda olvidar, y sin embargo, me estais viendo comer alegremente y dormir en paz sobre la hojarasca, trabajar sin disgusto ni tristeza, sin manifestar jamás despecho ni cólera contra nadie, ni tener necesidad de atontarme con la bebida ni temor de hacerme traicion al echar un brindis en vuestra amable compañía. ¿Creeis posible que un hombre que

se encuentra en semejantes condiciones de fortuna, posición y espíritu, pueda tener algo que echarse en cara?

—¡No! exclamó el montañés levantando al cielo su fornido brazo: es tanta verdad como hay un Dios en lo alto, ó en otra parte, que os creo un hombre honrado y bueno á toda prueba. No hay necesidad, para estar seguro de ello, de otra cosa, que de ver el fondo de vuestra mirada; y vuestra misma conducta actual patentiza bien á las claras que, si lo habeis perdido todo, habeis conservado lo mejor, que es la conciencia satisfactoria de vuestros actos. Veo que sois instruido, que conocéis las matemáticas y otras muchas cosas que yo no he podido aprender. Si quereis ser mi amigo, os ofrezco un porvenir tranquilo. Os pondré para siempre al abrigo de toda necesidad y os quedaré todavía obligado; porque podeis, á vuestra vez, prestarme grandes servicios y ayudarme á hacer mi fortuna.

—Quiero ser y soy ya vuestro amigo, Juan Morgeron; y por eso os pregunto: ¿Creeis trabajar para vuestra felicidad haciendo fortuna?

—Sí, respondió: yo no comprendo la dicha sino en la actividad, la lucha y el éxito. No soy, de mucho, un filósofo como vos, ni soy tampoco filósofo, si la sabiduría se concreta á la moderación de los deseos; pero á mí se me antoja que existe otra sabiduría, que consiste en atraernos todo lo que ella pueda dar buenamente de sí.

—Si lo tomáis de esta manera, perfectamente. Obedeceis á un instinto, del cual podeis hacer un deber, si es que pensais dedicar vuestra energía en beneficio ajeno.

—Un hombre emprendedor, repuso, es siempre útil á los demás. Hacer trabajar; y sabido es que él trabajo aprovecha, de prójimo en prójimo, al mundo entero. Vos no ignorais cómo trato yo á mis jornaleros y lo que ellos ganan trabajando conmigo. Me siento activo; tengo muchas ideas, pero me

falta instrucción. En compañía vuestra creo que haria grandes cosas.

Entonces sometió á mi parecer un proyecto harto ingenioso.

Poseía él una vastísima extensión de terrenos estériles en uno de los valles alpinos que van á parar al lecho del Ródano. El fondo de las tierras no es malo; pero cada año, el torrente de Brame lo cubre de arenas y guija. Eran necesarios grandes trabajos de encauzamiento cuyos dispendios habian de resultar enormes para él. Habíase imaginado sacrificar una parte de aquellos terrenos para salvar la otra, rodeando su propiedad de un canal que recogiera las aguas, convirtiéndola en una isla asegurada de las avenidas. Las tierras arrancadas del canal y rebatidas sobre la isla, debian formar una colina que no llegarían jamás las aguas á cubrir. La idea era buena; faltaba saber si despues de una inspección de las condiciones del terreno, era realizable.

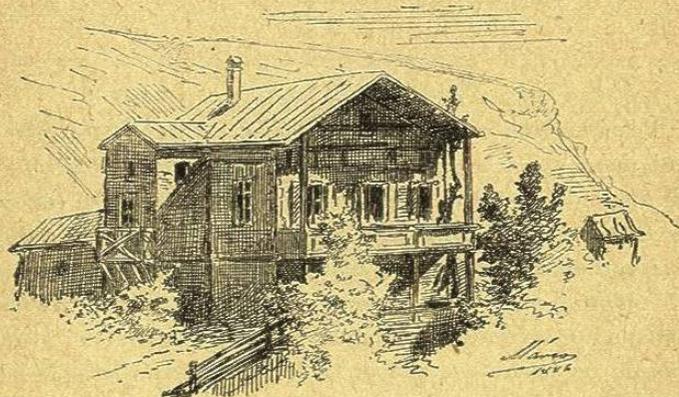
Cruzamos una cresta de la montaña al través de un ventisquero, y á algunas millas más abajo, nos paramos en la ladera de una hermosa colina de la que pertenecía una parte á mi amo. Poseía éste, además, una gran casa de labranza rica aunque rústicamente construida, y rodeada de dependencias bien provistas por los rebaños, las abejas y las cosechas.

Al aspecto de esta hermosa y pintoresca morada, situada en la parte más bella de una región templada y circuida de riquísimos pastos, sentí un vivo deseo de ser verdaderamente útil á mi amigo, y de fijar mi vida junto á él.

Al ponderarle la belleza y comodidades de aquella vivienda pareció como que una nube cruzara su frente.

—Sí, dijo, ¡es una residencia de príncipe para un hombre

de mis condiciones! Uno podría ser aquí dichoso teniendo mujer é hijos; sin embargo, mi vida de soltero hace que venga



á ser un simple transeunte. ¡Ya os explicaré yo eso... más adelante! Será preciso que lo sepais todo si os quedais.

Un jóven de buena presencia, color moreno y acento extranjero, de fisonomía inteligente y distinguida, vestido de lugareño pero con extremada pulcritud, se presentó á nosotros manifestando grande alegría.

—El ama ha ido á vender unas cabras, dijo á Morgeron. ¡Pues no va á quedar poco sorprendida y satisfecha en cuanto vuelva!... Y ¿cómo estais de salud? Y ¿cuánto tiempo tendremos el gusto de que nos hagais compañía esta vez?

—¡Bien, bien, Tonino! respondió el amo en tono rudo pero benévolo. Veremos. Basta, basta de cumplimientos, y danos de comer, si puedes.

III

LA comida fué excelente y servida con extremado aseo. Tonino parecia, á la vez que un mozo de labranza, un buen camarero. Mostraba gran destreza en manejar la vajilla y daba órdenes á la criada con el mismo acierto que hubiera podido hacerlo un ama de casa; pero el ama de verdad llegó á tiempo de servirnos el café.

—Allá viene mi hermana, dijo Morgeron, viéndola bajar por un sendero que nos venia enfrente.

Miré á aquella mujer. Yo esperaba ver una matrona robusta y respetable; pero quedé sorprendido al mirar su figurilla delicada, elegante, vivaracha y que parecia muy jóven.

—Cuenta treinta años, quince menos que yo, dijo el amo; es hija del segundo matrimonio de mi padre. Hemos mancomunado nuestros intereses, porque ella sabe manejarlos aumentándolos, y porque no nos hemos de casar el uno ni el otro.

Temí ser indiscreto preguntando la causa de semejante restriccion. Entraba en lo posible que creyese él ser ya demasiado

entrado en años para el caso, pero cuando ví á la hermana más de cerca, quedé completamente convencido de que no podía ser así, con relacion á ella.

Tenia ésta el semblante algo fatigado é impresionable; pertenecía al número de los que no reflejan claramente la edad.

Diez veces en una hora parecia más ó menos jóven de lo que lo era en realidad; pero más ó menos entrada en años, era notablemente hermosa. Presentaba un tipo con el cual no he encontrado nunca analogía.

Diminuto sin ser flaco, y extremadamente bien formado; pasaba el cabello de castaño-oscuro; eran los ojos de un azul bellissimo y blanco el cutis; regular en sus trazos como los perfiles griegos, resplandecía en todo su sér un algo anormal y misterioso. Era tan graciosa como incisiva; de fisonomía seria y simpática; cumplida, hospitalaria, y pródiga en atenciones y cuidados; unia á estas cualidades cierta rudeza singular; distinguida, espiritual, amable y al mismo tiempo intencionada, comentadora, escéntrica y casi sangrienta en la discusion. Hízome una acogida bastante fria, lo cual no la impidió de colmarme de atenciones, como si hubiese sido yo un señor y ella una criada. Yo estaba turbado; siempre que le hacia algun cumplimiento, parecia no entender y bajaba los ojos. No manifestó la menor extrañeza por mi presencia; y sin preocuparse para nada, fuése acompañada de Tonino á preparar mi cuarto.

Juan Morgeron, que me estaba observando, vió desde luego que aquella originalidad me chocaba, y que me tenia al mismo tiempo algo turbado.

—¿Mi hermana os admira? me dijo. Tiene efectivamente algo de admirable. Pertenece á una raza distinta de la mia; su madre fué italiana y Tonino es su primo. Es un carácter difícil de llevar y que no se inclina jamás al parecer de nadie;

pero tiene tal valor, tanta inteligencia, tantísima actividad y abnegacion, que resulta sin par en el mundo para cuanto sea de utilidad. Si se me antoja hacer cualquier innovacion ó cambio, es preciso sostener una lucha para que lo acepte; pero una vez aceptado, vale por diez hombres en la ejecucion.

—Y ¿si no acepta?

—Desisto desde luego. Quiero la paz á todo trance. Ahora mismo estoy pensando en dejar que ella dirija esto como mejor le parezca, y levantar en otra parte otro establecimiento donde pueda yo satisfacer las exigencias de mi imaginacion y realizar mis proyectos por mí solo... en la condicion, sin embargo, de que vos me ayudareis, si os parece que yo tengo razon.

IV

AL día siguiente, en cuanto amaneció, pasé á inspeccionar la propiedad de los Morgeron. El proyecto de Juan era realizable y muy acertado en sí mismo; pero él no sabia calcular bastante; y como toda persona de imaginacion viva, arreglaba los números á medida de sus deseos y de sus esperanzas. Yo basé friamente y sin pasion alguna mis cálculos, haciéndome dar explicaciones precisas hasta de los detalles más insignificantes, y saqué en limpio, que el negocio iba á comérsele cuanto tenia antes de realizar el menor beneficio positivo.

Esto le disgustó en extremo; y al convencerse de que no me equivocaba, maldijo los números con indignacion. Discutimos un buen espacio, acabando por rendirse á la evidencia.

Entonces exclamó casi desesperado:

—¡No se puede hacer nada bueno en este mundo! ¡Es preciso dejar las cosas tal como están aun cuando uno sepa el remedio! He de ir viendo, pues, ese maldito torrente destruyendo mi hacienda de día en día y hora por hora, sin que pueda salvarme ningun sacrificio! Ya que ha de arruinarme forzosamente dejándole hacer, ¿no seria mejor que me arruinase resistiéndole? ¿No es por ventura humillante para un

hombre, permanecer cruzado de brazos ante un peligro estúpido, cuando con un esfuerzo de su voluntad puede vencerlo?

—Me habeis pedido si queria ayudaros á hacer fortuna, le dije entonces. Si no es este vuestro objeto podeis aventuraros. Me habeis dicho que no teneis mujer ni hijos. Si es sólo el amor propio el que os empuja á emprender una obra atrevida y famosa, emprendedla; pero tened tambien presente el bochorno que ha de acompañar vuestra ruina, dado que no obtengais la victoria, lo cual iria seguido del calificativo de loco con que os adornarian los mismos que se aprovecharian de vuestro desastre.

—Sí, repuso; veo bien todo eso. ¡Cuando habré yo convertido este pantano en una isla floreciente, pronta á recompensar mis sacrificios, me verá obligado á vender á bajo precio para pagar mis deudas, y otros se enriquecerán en mi lugar y se reirán de mí! Pero, despues de ellos y despues de mí, vendrán otros á establecerse y prosperar, y estos dirán: “¡Vaya una obra! *aquel* que la llevó á cabo y la concibió, no carecía por cierto de inteligencia ni de valor, y no podia ser por lo tanto un hombre vulgar.”

¡Y este monton de piedras y arena que ahora estais viendo, seria una magnífica propiedad que se llamaria *la isla Morgeron!*

Estaba tan bien enmedio de su justificable orgullo, que yo le disuadia con dolor de sus propósitos; pero le fué preciso confesar por fin, que sin la ayuda de su hermana, en semejante empresa, le seria indispensable dejar las obras á medio hacer, y me habló entonces de tomar á préstamo los fondos necesarios. Al llegar aquí fué cuando resueltamente le atajé.

—No os aventureis de ninguna manera, le dije, en un negocio cuyo éxito es cuestion de honor, no solamente por vuestro amor propio, sino tambien por vuestra conciencia. Buscad accionistas; dadles vuestro proyecto, vuestro trabajo perso-

nal, vuestras tierras; dejadles dirigir los trabajos; encargaos de ellos si os parece, asociándolos á los beneficios que puedan resultar; pero no tomeis sobre vos el compromiso de hacer ganar dinero á nadie, y mucho menos el de tomar á préstamo, para un negocio problemático, la menor cantidad: dada vuestra imaginación y vuestro valor, estaríaís perdido irremisiblemente.

Convencióse, y resolvió someter su proyecto á los colindantes á quienes pudiese interesar para que le secundasen.

Yo debía trazar el proyecto apoyándolo en todos los cálculos necesarios; pero quise acompañarlo también del cálculo de todas las eventualidades que pudiesen doblar y aun triplicar los gastos: las crecidas inesperadas que podían inutilizar los trabajos comenzados, la dureza de ciertos terrenos y la falta de solidez de otros, etc., etc. Estas previsiones tan naturales le consternaron.

—No, no saldremos en bien, dijo; no encontraremos nadie que sea bastante rico ó bastante confiado para aventurarse. Dejemos dormir el proyecto hasta que acierte á dar con los accionistas que me son necesarios. Mañana os hablaré de otra cosa.

V

PASÁRONSE á todo esto unos ocho días. Estaba yo perfectamente; tenía buena cara, buena cama, y todo lo necesario propio de una casa bien ordenada y mejor conducida. Admirábame á cada paso el orden y actividad de Mlle. Morgeron, y la inteligencia y sumisión de Tonino. Me parecía que á tener Juan menos ambición, podía ser el hombre más feliz del mundo; porque su hermana cuidaba de todo con mayor inteligencia que satisfacción propia: la necesidad de *hacer que se hablase de él*, justificaba una afección real ó una solicitud continuada.

Mi papel frente á frente de aquella joven hubiera podido ser difícil, si ella hubiese desconfiado de mí; pero comprendió enseguida, que si yo tenía cierta influencia sobre su hermana, no la utilizaba sino para moderar su exaltación; así es que me trató desde luego con deferencia singular, dejando que le desengañara pacíficamente.

Al terminar la semana, creyendo haber obtenido la victoria, pensé en dejar mis huéspedes, porque Juan no me hablaba de otro proyecto alguno, y no sabía yo ver en qué podía serles útil en aquella no extensa propiedad, perfectamente llevada